

## La construcción de la historia contemporánea como ciencia social: conversación con Julio Aróstegui

**Abdón Mateos:** En alguna ocasión te he oído autodefinirte como un historiador perteneciente a una generación de *hijos de la guerra*.

**Julio Aróstegui:** Me considero dentro de la generación de Felipe González, por ejemplo, de la generación que hizo la transición. Por supuesto, no tengo ningún recuerdo directo de la guerra, puesto que nací después de su conclusión. En mi familia, fue combatiente en ella mi hermano mayor con las huestes de Franco. Mi padre, sufrió directamente, con la familia las consecuencias de la guerra misma. Soy el undécimo en una familia de once hermanos, y entre el mayor y yo hubo más de veinte años de diferencia de edad. Nací en una familia de derechas. Me contaron que mi hermano mayor perteneció a la Falange desde los diecisiete años. Inútil es señalar lo que ocurrió después en la posguerra con su vocación: fue otro de los muchos decepcionados con la trayectoria del nuevo régimen.. Durante la guerra en Granada la familia sufrió vicisitudes duras. Mi padre era de la CEDA y tenía una casa en un pueblo cerca de la capital que quemaron “los rojos” al producirse la sublevación, como se decía en casa. Recuerdo que mi madre cuando en la casa había algún desorden de algún tipo exclamaba: “¡Esto es la república!”. De todas maneras, mi familia constituía una de las muchas cuyos miembros estuvieron siempre al margen de la política activa.

Mis primeros recuerdos de la niñez no son anteriores al final de la Segunda Guerra Mundial, es decir, de cuando aprendí a leer. La primera fecha que me viene a la mente fue un día en el colegio en 1946. Más adelante, hice el Bachillerato en Granada. Al comenzar los años sesenta llegué a Madrid y viví como colegial en el Colegio Mayor Lebrija, de la Universidad Complutense, donde acabé los estudios universitarios después de cursar los tres primeros años de la carrera de Filosofía y Letras en la Facultad de Filosofía y Letras de Granada. Elegí la especialidad de Historia. Siento que el grupo de historiadores al que pertenezco generacionalmente, los nacidos entre la guerra civil y los años cincuenta, tenemos en común el hecho de haber vivido dos mundos: antes y después de Franco.

**AM:** ¿Cómo surge tu vocación de historiador?

**JA:** Yo hice el preuniversitario de ciencias y el selectivo de lo mismo en la Universidad de Granada. Aprobé la mayor parte del selectivo, no todo, y decidí no continuar. Creo que fue sobre todo el ambiente de la Facultad de Ciencias de Granada lo que me hizo no continuar y acabó con mi vocación científica. Tuve que hacer de nuevo el PREU de Letras y aprender latín y griego con Don Santiago, un sacerdote admirable, en su magnífica casa del Albaicín.

**AM:** Entonces ¿fue una decisión pragmática lo que te hizo estudiar Historia o influyó alguna preocupación por el pasado, lecturas...?

**JA:** Sí, pasé a hacer Letras. Había que elegir entre Filología e Historia después de los años de comunes. La Filología me interesaba poco, por lo que entonces preferí cursar Historia. Hay que tener en cuenta que por aquel entonces, el abanico de posibilidades no era muy amplio. Al principio estuve muy interesado por la Arqueología porque tuve como profesor a Antonio García y Bellido. Sin embargo, la politización de los años sesenta me terminó inclinando por la Historia Contemporánea. Las primeras lecturas que hice de Marx fueron por esos años y, del mismo modo, leí los libros sobre la guerra civil de Hugh Thomas y Gabriel Jackson. Ahora, me parece que como historiador resulto un poco atípico, pues, quizá por haber hecho el bachillerato de Ciencias, siempre me han interesado todo de las ciencias sociales. Las Ciencias Políticas o la Sociología me han interesado tanto como la Historia.

**AM:** Aunque te consideras un historiador sin maestros directos, supongo que algunos de los profesores de la Complutense te influyeron...

**JA:** Yo recuerdo sobre todo las clases de Santiago Montero y de José María Jover, que era el catedrático de Historia Contemporánea Universal, a cuyas clases fui de vez en cuando sin ser alumno suyo. El catedrático de Historia Contemporánea de España era Vicente Palacio Atard y procedía también de Historia Moderna. Empecé a trabajar sobre la guerra civil. En esos momentos Ricardo de la Cierva se puso al frente del Centro de Estudios sobre la Guerra Civil, en el ministerio de Información y Turismo regentado por Fraga. El Archivo de Salamanca tiene una historia que no vamos a repetir aquí. Se entraba, primero, con autorizaciones concretas. Tardó tiempo en convertirse en Archivo Histórico Nacional, Sección Guerra Civil. No era, por tanto, que hubiera un problema de fuentes, pues se conseguían autorizaciones para entrar en el Archivo. Además, se conseguían los libros prohibidos de tapadillo o viajando a Hendaya.

El régimen franquista, con la apertura de Fraga, quiso revisar la lectura de la guerra como cruzada e impulsar su estudio. Desde luego, la guerra civil no era todavía tema de tesis doctoral pero sí de tesinas, que eran obligatorias. Realicé como memoria de licenciatura una historia del socialismo español desde los orígenes con Pablo Iglesias hasta los años treinta. Palacio Atard defendía, pese a su conservadurismo, que había que emprender el abordaje historiográfico de la guerra civil. A pesar de lo que dijo Southworth, los *Cuadernos Bibliográficos de la Guerra de España*, en los que muchos colaboramos, eran un trabajo serio. Claro que, visto con perspectiva temporal, aquello tenía sus límites; no se abordaba el tema de la represión pero sí la intervención extranjera, el papel del PSOE...

Creo que mis vivencias son las de un historiador sin maestros, de una

cierta soledad, quizá porque el tiempo de los maestros ya había pasado. Pero esa sensación de orfandad no sé hasta qué punto es compartida por la totalidad de mi generación.

**AM:** En 1967 ganaste una cátedra de instituto y en Vitoria realizaste la tesis doctoral, que era una historia de los combatientes carlistas en la guerra de 1872.

**JA:** Allí había un archivero que me proporcionó la documentación administrativa de la Diputación Foral de Álava. Uno de los capítulos de mi tesis se llamaba “Sociología del carlismo alavés”, pero, en realidad, se trataba de un análisis, digamos, sociográfico, de los combatientes carlistas. Entonces, descubrí que la mayoría de los voluntarios carlistas residían en medios urbanos y eran empleados o artesanos. No era un movimiento campesino, como se vio en las elecciones del periodo, en las que los carlistas obtuvieron sus mejores resultados en las ciudades del País Vasco y Navarra. Más adelante realicé un estudio de la composición social del requeté durante la guerra civil de 1936. La investigación en el Archivo General de Navarra me la subvencionaron personas adscritas al Tradicionalismo, de las que tengo un excelente recuerdo.

En los años setenta me trasladé al Instituto de Enseñanza Media Fray Luís de León, de Salamanca, e impartí en la Universidad una asignatura de Teoría de la Historia. Yo tenía una preocupación por la teoría social que intenté trasladar al cuerpo docente de la Universidad y a los estudiantes. En esos años “prodigiosos”, me vinculé a la Junta Democrática como independiente y a las Comisiones Obreras de la enseñanza, en este caso durante muy breve tiempo. Tuve mucho contacto con gente del PCE como “compañero de viaje”, y en esos años setenta tuve ocasión de conocer a Santiago Carrillo y Manuel Azcárate, entre otros. Tuve mucha amistad con José Luis Martín, catedrático entonces de la Universidad de Salamanca, que intentó impulsar un partido regionalista de izquierdas.

**AM:** ¿Cómo fue tu conexión con los historiadores franceses?. En algún sitio te he leído que la historia del presente tiene un anclaje con la tercera generación de *Annales*. Esta afirmación supongo que la conectas con tu preocupación por que la historiografía del tiempo presente no se limite a la esfera de lo político.

**JA:** En el plano profesional mis conexiones estaban mucho más en Madrid que en Salamanca, aunque María Dolores Gómez Molleda trajo a mucha gente como Pierre Nora, François Furet o Pierre Vilar, y allí establecí mis primeras conexiones con colegas franceses. En 1984, siendo Francisco Bustelo rector en Madrid, celebramos el Primer Coloquio de Historia Contemporánea en España, trasladándolo desde su sede de Pau, con Manuel Tuñón de Lara. Tuñón me hizo el prólogo al libro sobre la Junta de Defensa de Madrid, que realicé en colaboración con Jesús Martínez. Creo que Pierre Nora, alejado desde siempre del marxismo y distanciado, por aquel entonces,

de *Annales*, fue uno de mis primeros contactos. Al introducir el concepto de *lugares de la memoria*, Nora se acercaba también a la historia muy contemporánea. Luego, a través de los coloquios de Tuñón de Lara y de la Casa de Velázquez, trabé amistad con hispanistas de la calidad humana de Carlos Serrano, Michel Ralle, Jacques Maurice, etc.

**AM:** Se puede decir que fuiste uno de los principales impulsores de la conmemoración historiográfica del cincuentenario de la guerra civil. De hecho, impulsaste en 1986 la creación de la Sociedad de Estudios de la Guerra Civil y el Franquismo (SEGUEF), de la que fuiste presidente.

**JA:** En 1985 las editoriales querían tener alguna novedad editorial sobre la guerra civil. Entonces Paco Gracia, de la editorial Labor, que era muy amigo de Manolo Tuñón de Lara, alentó el proyecto de realizar un libro colectivo sobre la contienda. En esa misma línea impulsamos el proyecto del Congreso Internacional *Historia y Memoria de la guerra civil* en Salamanca con el apoyo de la Junta de Castilla y León, presidida por el socialista Demetrio Madrid. Fue un proyecto muy ambicioso, pues incluía la creación, a partir del otoño de 1985, de varios equipos de investigación sobre la represión, los lugares de la memoria o las milicias. Del Congreso surgió la iniciativa de la SEGUEF con, entre otros, Ángel Viñas, Albert Balcells, Alberto Reig Tapia, y la creación de la revista *Perspectiva Contemporánea. España siglo XX*, de la que desgraciadamente solamente pudimos sacar un número. Una empresa como ésta, sin anclaje institucional, basada en puro voluntarismo, vimos que era inviable, si queríamos hacer cosas serias, en un país como el nuestro.

**AM:** ¿Qué piensas del actual revisionismo sobre la guerra civil y el franquismo?. ¿Crees que se va a producir una verdadera actualización historiográfica sobre los años de la guerra con ocasión de la conmemoración del septuagésimo aniversario?.

**JA:** Los años ochenta fueron un tiempo de una verdadera renovación historiográfica en España, abordándose de manera seria el periodo de la guerra civil. Ya en esos momentos aparecieron las primeras monografías sobre temas delicados, como el de la represión, aunque todavía marcadas por la obsesión cuantitativista y por las opciones “reconciliadoras”. El talante de esos años fue el de la reconciliación, evitando caer en subproductos editoriales, como muchos de los actuales, llenos de juicios de valor y sin aportaciones novedosas. En cuanto al revisionismo actual me parece sencillamente deleznable y completamente carente de investigación nueva. No puede pensarse que el septuagésimo de la guerra vaya a acabar con la polémica, pero estoy seguro de que van a ir apareciendo nuevas publicaciones que dejarán aún más claro quiénes son los que verdaderamente contribuyen al mejor conocimiento de aquel hecho fundamental en la historia española.

**AM:** Una de tus principales preocupaciones profesionales ha sido la de

cambiar la historiografía contemporaneísta, construyéndola como ciencia social y no mera disciplina de las humanidades. ¿No crees que existe el peligro de que los campos de la historia, insertos en ese diálogo con disciplinas como la antropología, la sociología o la economía, terminen fragmentando en exceso el conocimiento histórico?. ¿No crees que la Historia del Presente debe reivindicar también el diálogo entre los campos de la historiografía, entre las diversas historias sectoriales?.

**JA:** Yo soy un historiador atípico, pues no tengo una vocación historiográfica exclusivista. No me basta el trabajo con las fuentes primarias, o los archivos. Eso de que un historiador no conozca a Hayden White, Weber (por no decir Marx!!), Ricoeur o Lévi-Strauss, por poner simples ejemplos, o no sepa nada de Sociología o de Antropología, no me parece correcto. Creo que al historiador le falta oficio, le faltan herramientas teóricas. En cuanto a la fragmentación de la disciplina es un hecho real, pero dudo que se deba al contacto con otras ciencias sociales. Creo que con la Historia del Presente se podría crear otra figura de historiador, un profesional con mayor preparación general en ciencias sociales y mejores instrumentos de trabajo. No me parece suficiente que se implantaran desde 1992, por inspiración de Miguel Artola, asignaturas denominadas “Historia de Mundo Actual” o “España actual”, con cortes cronológicos convencionales en momentos de ruptura como fueron la guerra mundial y la guerra civil española. La Historia del Presente es algo distinto de eso.

**AM:** En algunas ocasiones te he leído que la España del presente debe arrancar de la transición a la democracia más que de la guerra civil. ¿No crees que lo ocurrido durante estos últimos años en España demuestra que la guerra civil forma parte de la conciencia histórica de los españoles, que todavía es una parte decisiva de nuestra identidad?.

**JA:** Ahí he de reconocer que mi punto de vista ha cambiado tras lo ocurrido en España desde 1996 y, sobre todo, en esta nueva década. Resulta que al presente histórico interesa mucho el juicio que se han las gentes de su propio pasado. Pero esto no es nuevo: la “historia vivida” tiene que reconocerse en todo aquello del pasado que impregna la cultura que si vive. Hay un debate político y un uso público de ese pasado, y los historiadores debemos reivindicar un papel mayor en ese campo cultural.

**AM:** En tu libro *La historia vivida* apuntas a la caída del Muro como verdadero parteaguas de nuestro tiempo, de la historia del presente ¿no crees que esto resulta contradictorio con la idea de que la memoria o conciencia histórica es la que define la matriz del tiempo presente?.

**JA:** Para mí la matriz de nuestro tiempo histórico, el comienzo de la verdadera “Historia del mundo actual” no se encuentra ya en las condiciones del mundo de la posguerra mundial. Lo ocurrido a partir de los enormes

sucesos en torno a 1989 es un hito decisivo, es una especie de frontera entre la historia y el tiempo presente. Ya sé que muchos podrían encontrar en el terrorismo islamista el verdadero partaguas entre dos historias diferentes. En el caso de España, lo que está ocurriendo es que hay también un revisionismo de la transición, la aparición de una nueva generación de historiadores, unido a una utilización mediática de ese pasado más inconfesable por parte de ciertos grupos políticos. Creo que ese revisionismo es anacrónico y también fruto del desconocimiento de lo que ocurrió en realidad en esos años.

**AM:** Una de tus últimas empresas colectivas es el desempeño de la Cátedra “Memoria histórica del siglo XX”. Además del diálogo entre la Universidad y los movimientos sociales en pro de la “recuperación de la memoria”, ¿cuáles son los propósitos y perspectivas de esta iniciativa?

**JA:** Se trata de un “filo de la navaja”, porque al mismo tiempo que estoy de acuerdo con la idea de que durante la transición se silenciaron determinados aspectos del pasado como la represión, creo que existe también el peligro de perder la perspectiva. Hay actitudes demagógicas que concluyen diciendo que todo lo que hizo mi generación durante la transición estuvo mal. La utilización de términos como ‘genocidio’ o ‘exterminio’ para hablar de la represión franquista me parece totalmente desenfocada. Esa revisión del pasado que quiere hacer el PSOE, que defiende que se otorgue una compensación a las víctimas del franquismo, creo que puede quedarse en mera declaración de intenciones debido a la complejidad de la cuestión.

**AM:** En este sentido, ¿qué opinas del proyectado Centro de la Memoria Compartida para el Archivo de la Guerra Civil de Salamanca?

**JA:** Todo aquello que sirva para dignificar la labor de los historiadores contemporaneístas, bienvenido sea. Que se empleen más medios para la investigación y se constituya un centro de documentación que centralice la información es una buena noticia. Ahora, todo dependerá de lo que ocurra con el proyecto de Ley. Además, ahora parece que el gobierno quiere crear un Museo Nacional de Arte Contemporáneo en Salamanca, lo que no sé que consecuencias tendrá para el proyectado Centro de la Memoria. Es una vergüenza que no exista un instituto público de investigación especializado en la historia española desde la guerra civil.

**AM:** Creo que tu aportación teórica a la historiografía se podría resumir como una tentativa de cambiar el modo de hacer historia, vinculándola más con las ciencias sociales, y un intento de construir sistemáticamente una historia global del nuestro presente.

**JA:** Te agradezco esa generosa valoración. Sí, pertenezco a una época entre dos mundos en la que hemos intentado cambiar las cosas, con mayor o menor fortuna, en todos los planos, incluido el profesional.

## Usos y abusos de la historia: apuntes sobre el caso de la guerra civil

Enrique Moradiellos

Por varias razones complejas y confluyentes, la llamada “memoria histórica” de la guerra civil española de 1936-1939 ha regresado al primer plano del debate mediático y, quizá también y en alguna medida, al ámbito del terreno público y popular. Es un fenómeno fehaciente y fácilmente apreciable en el creciente volumen de publicaciones, conferencias, congresos y debates registrados en los últimos años. Y eso a tan sólo un año de la conmemoración del 70 aniversario de su comienzo. Sin duda alguna, ese “resurgir” del interés por la contienda fratricida conlleva una indudable importancia y entidad intelectual y socio-política en la medida en que dicho acontecimiento se sitúa, literalmente, en el origen de nuestro tiempo presente (aunque sólo sea porque aún viven y actúan algunos protagonistas, relevantes o anónimos, de lo que fue un inmenso cataclismo social con una cosecha de medio millón de muertos y casi otro medio millón de exiliados).

El confuso perfil que está cobrando ese debate de interpretaciones y juicios sobre la génesis, curso y desenlace del conflicto, sobre todo en virtud del visible enconamiento y crudeza de algunas de sus manifestaciones ocasionales, hace recomendable establecer algunos parámetros historiográficos para su encauzamiento y discusión razonada y desapasionada. Es ésta una tarea y cometido difícil y siempre discutible, como sucede en todos los casos en los que una sociedad debe afrontar un pasado traumático y divisivo (véase Alemania y el legado del Holocausto, a título de ejemplo). Pero es también una tarea imprescindible para lograr que el conocimiento histórico sobre un fenómeno trágico se convierta en base y fundamento de una convivencia social equilibrada y libre de cargas e hipotecas heredadas del pasado. Según mi leal y siempre falible saber y entender, los siguientes parámetros podrían contribuir a ese encauzamiento del debate en los términos exigidos por unas ciencias históricas que tienen como divisa actuar en todo momento *bona fides, sine ira et studio* (con buena fe interpretativa, sin encono sectario y tras meditada reflexión sobre los materiales informativos disponibles).

### Primera consideración

Cabría empezar orillando por absurdo el concepto de “memoria histórica” tan abusivamente utilizado sin pudor conceptual. La memoria de cualquier persona, como facultad de recordar y re-memorar, es un atributo dado en una escala corporal individual: yo recuerdo mi infancia y el exiliado recuerda su partida al exilio. Lo que llamamos “memoria social” o “memoria histórica” no es una memoria biográfica sino una “conciencia” formada por un tejido de experiencias, ideas recibidas, valores asumidos y lecturas mediadas: un conjunto heteróclito de materiales de distinta procedencia que tanto se alimenta de las propias vivencias biográficas como de las interacciones con otros iguales (conversaciones con el abuelo, visión de películas, lecturas de libros).

Como nos ha recordado Tzvetan Todorov, la memoria es privativamente individual y las ideas que abrigamos sobre acontecimientos que no hemos vivido son parte de una conciencia que discurre en una esfera y ámbito público de discursos diversos y normalmente contrapuestos. Yo, nacido en 1961, tengo memoria de la llegada de la televisión en color, pero no puedo tener memoria del 18 de julio de 1936 porque no estaba allí, como tampoco estuve durante la romanización de Asturias. La “memoria” de 1936 es la de quienes tenían conciencia suficiente para guardar “recuerdo” vivo y primario, biográfico, de aquel año. Por mi parte, sólo puedo tener imágenes aprehendidas de varias fuentes mediadas, sólo puedo tener conciencia de su significado histórico o de su trascendencia moral. ¿Hay cosa más absurda que preguntarse por la “memoria” de los españoles sobre la hominización de la Península o sobre la repoblación medieval del Duero?

Y puesto que la “memoria social” no es tal sino “conciencia”, “discurso” o “imágenes colectivas”, no puede ser unívoca sino plural. En todo caso, hablaríamos de “memorias” (en metáfora abusiva) en conflicto y competencia. Al respecto, me permito recordar una anécdota contada por el padre Hilari Raguer de su conversación con el general Ramón Salas Larrazábal. Ambos tenían “memoria” (propiamente) de los bombardeos de Barcelona en marzo de 1938. El primero porque estaba a ras de suelo y corría hacia los refugios para evitar la muerte; el segundo porque pilotaba los aviones de bombardeo y buscaba los objetivos a batir y destruir. ¿Es la misma “memoria” la que ambos guardan del fenómeno?

## Segunda consideración

El reciente *revival* de ideas y razones filofranquistas que justifican la legitimidad de la sublevación militar de julio de 1936 habida cuenta del carácter anárquico-comunista del régimen republicano bajo el Frente Popular suele atribuirse en muchas ocasiones al contexto político favorable que supuso la segunda etapa de gobierno del presidente Aznar.

Sin descontar ni mucho menos esa posibilidad, también creo que dicho fenómeno responde igualmente y en gran parte al evidente cambio generacional registrado en la pirámide social española: el creciente predominio en sus segmentos activos (de 25 a 45 años) de generaciones de “nietos” de la guerra, que ya no ven las cosas como los “abuelos” (soportes físicos de los difundidos mitos de la guerra como una “gesta heroica”: ya sea franquista o republicana), ni tampoco como los “hijos” (bases humanas de los mitos del olvido necesario frente a una “tragedia colectiva” y vergonzante).

Este fenómeno de cambio de mirada correlativo al cambio generacional no es un episodio particular, singular y peculiar del caso español. ¡Ya quisieran los defensores de la “especificidad única”, del *Sonderweg*, de la historia española! Es un fenómeno que se encuentra en todas las sociedades de nuestros tiempos: ahí está la “desmitificación” de la heroica resistencia al nazismo en Francia o en Italia, a modo de contraprueba. Por otro lado, y con permiso de Benedetto Croce, puesto que toda la historia es historia contemporánea (en el sentido de que el pasado se mira, observa e interroga desde la última generación viviente), ¿cómo cabe



sorprenderse de que haya nuevas preguntas sobre la multifacética entidad de la guerra civil?

### Tercera consideración

La puesta en cuestión de imágenes consagradas sobre la guerra por mero relevo generacional se ha producido en un contexto sociocultural en el que era casi dominante, al menos en el discurso público, una visión de la época de la Segunda República (1931-1936) que podríamos llamar “irenista” o “arcádica”. Dicha visión fue resultado de un proceso iniciado en la década de los años sesenta (al compás del desarrollismo económico del segundo franquismo) y tuvo grandes virtudes cívicas y políticas en el periodo de la transición del franquismo a la democracia, sin duda, en la medida en que restablecía la legitimidad de una demanda de restauración democrática y contrapesaba la masiva y omnipresente difamación y calumnia que había constituido la razón de ser legitimadora de la propia dictadura.

También hay que señalar que se trataba de una visión filorrepblicana (puesto que recuperaba su condición de democracia reformista y modernizadora) que la lenta labor de la historiografía nunca dejó de someter a cuestión. Sencillamente porque la labor de la ciencia humana de la historia es siempre sacrílega y nunca santificante. ¿De qué visión filorrepblicana hablamos? De aquélla que supone que allá por 1936 había una tranquila y pacífica república democrática que, súbitamente y sin previo aviso, fue asaltada por cuatro generales, otros tantos obispos y terratenientes, todos ellos alentados por Hitler y Mussolini, que se lanzaron contra el régimen democrático constitucional que tenía el apoyo de “todo” el pueblo español.

La imagen se ha popularizado tanto que incluso se difundió en programas y películas donde se pontificaba sobre la bondad de los anarquistas y revolucionarios que (omito la procedencia) “defendían la libertad, los derechos humanos y la democracia”. Francamente causa rubor escuchar estas proclamas si se sabe lo mínimo de lo que era la FAI, la CNT, el PCE y la facción radical del PSOE-UGT a la altura de 1936. Y contra esa visión simplista (por “arcádica” e “irenista”), que eclipsaba la profunda escisión social existente y la crisis de autoridad pública del primer semestre de 1936, se metieron a fondo unos nuevos historiadores y polígrafos profranquistas que vieron su oportunidad intelectual y aprovecharon su contexto político. Y lo hicieron maniqueamente y con abuso presentista de sus argumentos porque su voluntad y propósito no era historiográfico ni de búsqueda de la verdad por imperfecta que pudiera ser.

Hay que recordar que esos nuevos autores ya no eran los viejos historiadores oficiales del franquismo, cuya legitimidad para pontificar sobre el régimen estaba lastrada por su propia participación en un sistema dictatorial hostil a las libertades individuales y basado en la censura de las opiniones adversas: ¿cómo cabía esperar ecuanimidad y ponderación de un Ricardo de la Cierva, tan comprometido desde cargos oficiales en el régimen franquista? Pero ése ya no era el caso de los nuevos “revisionistas” que, a mi modo de ver, se limitan a “reactualizar” esas viejas ideas de sus antecesores. A ellos no se les puede reprochar su vital compromiso con una dictadura. Al contrario, algunos de ellos

fueron activos y armados opositores. Son conversos camino de Damasco que han visto la buena nueva y se han lanzado a la divulgación de la palabra revelada con la fe y la convicción del neófito. Y en esa novedad del neófito (aparte de su facundia y eficacia narrativa) reside también buena parte de su fortuna.

Pero cabe dudar fundadamente de su leal y honesta voluntad de ecuanimidad historiográfica. De otro modo, ¿cómo es posible que ignoren el ya veterano análisis de Santos Juliá sobre la futilidad suicida de la Izquierda Socialista entre 1934 y 1936 y sus efectos sobre la estabilidad del sistema democrático republicano? ¿cómo cabe desprestigiar el examen de Julián Casanova sobre el ensueño autista e igualitario del movimiento anarquista y su impacto en el programa reformista de la coalición azañista? ¿cómo es posible orillar el magno estudio de Solé i Sabaté sobre la amplitud y crueldad de la represión de retaguardia en la Cataluña republicana de tiempos de guerra? ¿Por qué desprecian los estudios canónicos de Blinkhorn, Gil Pecharrmán y tantos otros sobre las vetas violentamente totalitarias e insurreccionales que definían a grupos derechistas como el carlismo, el falangismo o el monarquismo alfonsino pilotado por Calvo Sotelo?

#### Cuarta consideración

El contexto político de eclosión y éxito del *revival* del discurso oficial franquista (porque de eso trata el sedicente “revisionismo”) es un factor clave de su fortuna mediática y pública. No en vano, surgen y se popularizan bajo el mandato del último gobierno del presidente Aznar, en tanto que anteriormente sus trabajos (todavía escasos) tenían el mismo curso y éxito (para convencidos) de sus antecesores y luego valedores: La Cierva, Palomino, Casas de la Vega... Pero desde finales de los años noventa empezaron a recibir una apoya mediático y parapolítico bastante claro e indudable (que no fue obra de todas las derechas existentes, en el poder o al margen de él, también hay que decirlo).

¿Qué hay detrás de esa cobertura y aliento? Creo que una voluntad amorfa e inconsciente de poner coto a las demandas del (mal) llamado movimiento de recuperación de la “Memoria Histórica” de los vencidos y represaliados por el franquismo. Y ello sobre la base de impugnar la enormidad y crueldad de los crímenes y asesinatos cometidos con el argumento de que eran parte de un proceso general de violencia de “ambas partes y por igual”. Y también, a veces, sobre la base de atribuir la responsabilidad de aquel fracaso de la democracia republicana a las propias víctimas de la represión y a los partidos de la izquierda “irresponsable, totalitaria y antidemocrática”.

Era una posición inteligente. Era una posición previsible. Porque si la recuperación de la dignidad de aquellos muertos se hacía con la voluntad de señalar que “la nueva derecha en el poder eran los herederos de los asesinos de 1936 y después”, no cabía esperar sino que los aludidos respondieran que “los reclamantes de ahora son los herederos de aquellos insensatos y subversivos que dieron al traste con la paz entre 1934 y 1936”. Y así volvemos a las andadas de la generación de los “abuelos”: los muertos como arma arrojadiza de legitimación propia y demonización ajena.

Me temo que estamos ante unos derroteros socio-políticos peligrosos (amén de estériles en el plano historiográfico). Porque, si bien las responsabilidades de 1936 están claras en términos historiográficos (los militares que inician un golpe de estado faccioso son los primeros y máximos responsables de lo que viene después), también es verdad que la gradación (ordenación de mayor a menor) de las responsabilidades no deja immaculado a ningún personaje, grupo político u organismo social, por acción, por omisión, por comisión o por negligencia. Y por eso, “recordar” la guerra civil y “honrar” a sus víctimas requiere tanto sentido de la justicia como sentido de la prudencia.

Los casos son bien conocidos, sin entrar en primacías temporales o grados de vesania criminal respectiva: por cada “paseado” como Federico García Lorca a manos militares siempre cabría presentar otro “paseado” como Pedro Muñoz Seca a manos milicianas. Por los miles de inocentes maestros asesinados por su función ilustradora y modernizadora, siempre cabría mencionar miles de religiosos cuyo crimen y responsabilidad era más que dudosa: era inexistente.

### Quinta y última consideración

¿Qué cabe hacer, entonces, con la “memoria” de la guerra y sus víctimas, culpables o inocentes, paseadas o enjuiciadas. Pues lo mismo que han hecho distintas sociedades enfrentadas a un pasado igualmente traumático, cercano y profundamente divisivo.

Cabría poner punto final a la amnistía de 1976-1977 y abrir un proceso formal para ajustar cuentas penales y legales, como se hizo en 1945 en muchos países tras la liberación aliada del yugo nazi (previa derrota militar absoluta del Tercer Reich, claro está). El peligro es que sus resultados fueron muchas veces más que discutibles porque, sencillamente, las responsabilidades eran tan amplias y afectaban a tantos miles o millones de personas que no cabía proseguir su curso hasta el extremo lógico, dado que ponía en cuestión la supervivencia del propio país.

También cabría resignarse únicamente a saber lo que pasó mediante una comisión de encuesta que renunciara a ajustar cuentas actualizadas y sólo compensara moral o materialmente a las víctimas. Es la opción asumida en la Sudáfrica posterior al *apartheid* de la mano del informe de la comisión presidida por el obispo Desmond Tutú y la preferida desde 1990 en los países ex soviéticos (situaciones en las cuales no hubo ninguna derrota absoluta sino un proceso de reforma negociada). Se trata de un dilema clásico y conocido en todo el mundo y desde hace tiempo: o bien suscribimos el principio *Fiat Iustitia, Pereat Mundo* (“Que triunfe la justicia, aunque se hunda el mundo”); o bien nos inclinamos por la máxima *Salus Publica, Suprema Lex* (“El bienestar de la sociedad es la ley suprema imperativa”).

Honestamente, en el caso de la guerra civil española, yo me inclinaría por la segunda alternativa habida cuenta del enorme volumen de personas que estarían incursas en un proceso de revisión de responsabilidades y en atención al considerable tiempo transcurrido desde la realización de los crímenes y desmanes objeto de investigación y persecución. Eso sí: sin que tal renuncia a procesos

legales o penales significara en modo alguno dejar de lado la necesaria restitución de la “memoria” de los represaliados por el franquismo. ¿Por qué motivo? Porque esa restitución sería una mera equiparación de situaciones entre víctimas. Porque resulta moralmente indigno no ayudar a los familiares actuales a localizar los restos de sus antepasados enterrados en fosas anónimas o comunes. Porque las otras víctimas de la violencia republicana, que las hubo, muchas inocentes ya están bien contadas (gracias a la eficacia de la Causa General incoada por el franquismo), ya tuvieron su restitución pública y oficial, sus muertes reconocidas, sus tumbas honradas, sus deudos gratificados.

Se trata, en esencia, de una mera cuestión de justicia equitativa. Y deberíamos dejarla estar así, sin mayores polémicas sociopolíticas donde todas las partes, me temo, tendrían mucho que perder y más que lamentar.